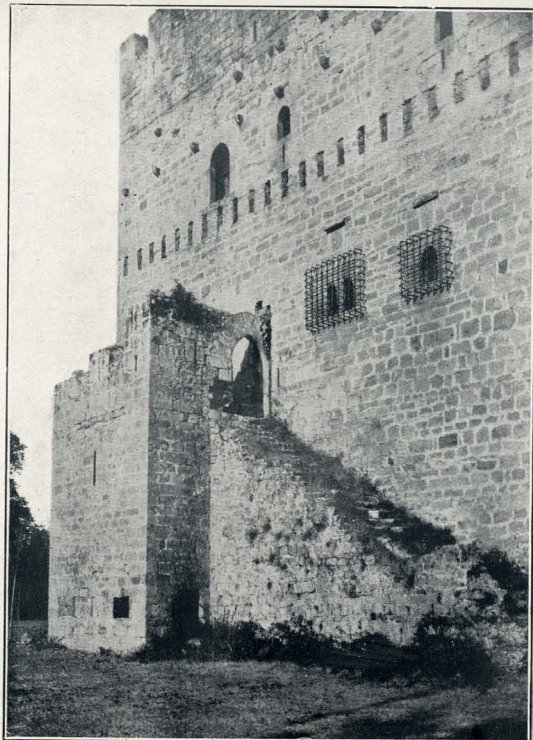


ARQUITECTURA ANTIGUA ESPAÑOLA



TORRE ANTIGUA EN ESPINOSA DE LOS MONTEROS (BURGOS).



Fots. A. Byne.



Zarauz. — Torre Lucea (Torre larga).

Las torres y casas fuertes de la Montaña ⁽¹⁾

Durante varios siglos la nobleza rural de la Montaña gastó su actividad en luchas inacabables con los señores vecinos. Estas pequeñas e incesantes guerras de banderías, en las que no escaseaban los incidentes trágicos, nos han quedado magistralmente relatadas por un actor y víctima de ellas, Lope García de Salazar, en su libro *Bienandanzas y fortunas*.

Vivía esa nobleza en modestas torres con algún aparato defensivo, testimonio de mezquino señorío. En tiempo de los Reyes Católicos parece se destruyeron en considerable número, como medio de terminar con tales querellas.

Algunos ejemplares interesantísimos, no tan sólo de la Montaña, sino de la región cantábrica, han llegado a nuestros días. El más completo háyase en Espinosa de los Monteros (Burgos); muestra en sus muros el escudo de los Fernández de Velasco, y remóntase al siglo XV. Contemporánea debe ser la «Torrona» o «Torre de los Barreda», de Santillana del Mar (Santander), y poco posteriores la llamada «Torre Lucea» o Larga, de Zarauz (Guipúzcoa), y otra en la citada villa burgalesa. Tienen estas torres planta rectangular o cuadrada, gruesos muros de buena mam-

(1) Fragmento de un estudio inédito sobre LAS CASAS MONTAÑESAS, con el siguiente sumario: *La Montaña; Los límites de la región natural montañesa; Casas castellanas y casas montañesas; La Arquitectura, el arte montañés por excelencia; Los tipos de la vivienda montañesa; La casa aldeana: su área geográfica; La casa burguesa; La torre y la casa fuerte; El origen de la solana; El palacio o casa solariega; Las portaladas; Escudos, motes y fantasías; El arte de la talla y el mobiliario. El retorno a las formas antiguas y la moda actual; El porvenir de la vivienda montañesa.*

postería con esquinales de sillarejo terminados en almenas, altura de tres o cuatro plantas; sus pisos eran de gruesas vigas. Una escalera de piedra exterior adosada al muro, y que a veces, sobre todo cuando la torre está aislada en el campo, adquiere proporciones de defensa avanzada, da acceso a la planta principal. Los huecos de luces son pequeños, situados en la parte alta de los muros, defendidos los más bajos por fuertes «rejas clavadizas» (según la terminología de antiguos documentos), siendo muy frecuentes los ajimeces de arcos trebolados o apuntados, usados hasta en el siglo XVIII. Pero lo que imprime singular fisonomía a algunas de estas torres es la existencia de un cadahalso alto, el *hourd* de los franceses, galería volada de madera que hace oficio de matacán y buharda, desde la cual se hostiliza a cubierto al atacante, impidiendo su aproximación y defendiendo eficazmente la escalera de acceso.

Claro que ninguno de estos cadahalsos ha llegado a nuestros días; pero sí restos suficientes para reconstruir su estructura en líneas generales. Grandes vigas empujadas en los muros (las mismas de piso prolongadas) formaban su suelo, a veces hasta tres, ganando vuelo de la inferior a la más alta. A unos dos o tres metros por encima de ellas había una serie de ménsulas de piedra, y algo más arriba, otra. Tenían sus cajas para sujetar bien las carreras encajadas en ellas, que quedaban, por tanto, adosadas al muro: en la inferior apoyábanse los tirantes, y en la más alta, los pares de la armadura a una vertiente. El paramento de fuera del cadahalso formábase probablemente por pies derechos apoyados en una solera sostenida por las vigas más voladas del piso, y éstos a su vez apearián una carrera sobre la que descansasen pares y tirantes de la cubierta. El espacio intermedio entre los pies derechos se cuajaría en parte con planchas de madera o con ladrillo, dejando huecos para hostilizar al enemigo. Alguna puerta y varias pequeñas ventanas comunicaban el interior de la fortaleza con la galería volada. Extendíase ésta alrededor de toda la torre, protegiendo sus cuatro muros; el ejemplar más moderno de Espinosa no la tiene más que en el frente de Mediodía, tal vez por ser menores las necesidades defensivas al estar situada dentro de la villa, o por ser más tranquilos los tiempos en que se levantó.

La torre descrita es la vieja de Espinosa de los Monteros; en sus muros se ven hoy, cortadas a ras de ellos, las cabezas de las vigas que formaban el piso del cadahalso, conservándose las ménsulas de piedra en que apoyaba su cubierta. La Torrona de Santillana, muy ruinosa y maltratada, no tenía escalera exterior, tal vez por su situación en el centro de la villa; conserva huellas de haber tenido cadahalso todo alrededor, y con él la supuso el Sr. Lampérez en un dibujo de su restauración (1), trazado con arreglo a los que de *hourds* publicó Viollet-le-Duc (2).

La pintoresca Torre Lucea de Zarauz es ejemplar más completo y curioso. Tiene escalera exterior, dos filas de ménsulas de piedra debajo del piso en el que estaba el cadahalso y otra encima. Tal disposición parece indicar una estructura de tornapuntos que, apoyados en la carrera sostenida en la fila inferior de ménsulas,

(1) Vicente Lampérez y Romea: *Las ciudades españolas y su arquitectura al finalizar la Edad Media*; Madrid, 1917.

(2) *Dictionnaire raisonné de l'Architecture française du XI^e au XVI^e siècle*. Tome sixième. Paris.

apease la solera sustentada por las vigas horizontales de piso. Corría también este cadahalso por los cuatro muros de la torre y presentaba una notabilísima particularidad: en la fachada, es decir, en el frente en el que está la escalera, avanzan dos espolones de piedra en voladizo, que protegían esta parte del cadahalso, con vanos en ellos para comunicar con los costados laterales. Prolongábanse estos espolones con idéntica disposición, comprendiendo el piso alto, lo que hace sospechar que el cadahalso era doble, es decir, de dos alturas.

El cadahalso es un elemento de la arquitectura militar del Norte, que vendría a la región cantábrica por intermedio de Francia. El tipo sólo pudo desarrollarse en comarcas boreales de buenos bosques, por la cantidad de excelente y gruesa madera que exige. Por los ejemplares descritos, y que deben ser una pequeña parte de los que existieron en los siglos XV y XVI, parece que fueron frecuentes en las Vascongadas, Santander y el norte de la provincia de Burgos, alcanzando hasta la Rioja. Conocemos una curiosa noticia documental, en la que se cita un ejemplar de esta última región. Es una Cédula Real fechada en Valladolid en la era de 1389 (año de 1351), dando facultad a la villa de Belorado para que se reedifiquen tres arcos del puente del río Tirón, «que está al camino francés, y un cadalso que estaba en fin de dicho puente para su defensa» (1). Las escaleras exteriores eran muy usadas, sobre todo en Guipúzcoa: las muestran hoy numerosas casas de Pasajes y Fuenterrabía, y las antiguas Ordenanzas de San Sebastián, citadas por el Sr. Lampérez, disponen que su saliente no sea nunca mayor de «dos codos».

Viollet-le-Duc dice que los cadahalsos utilizáronse por los romanos, y que en Francia construyéronse durante los siglos XI al XII, con carácter provisional casi siempre, cuando las necesidades militares los imponían, abundando los permanentes en el siglo XV en lo alto de las torres, en esa nación, Suiza y Alemania, alcanzando hasta el XVI. La disposición que de ellos publicó en detallados dibujos el arquitecto francés, y que parece pecar de hipotética, es distinta de la de los ejemplares españoles. Hay entre unos y otros además una diferencia esencial: los franceses son siempre coronación de una muralla o torre, ocupando la plataforma almenada; los españoles salen de un piso intermedio, quedando despejada la parte superior y almenada de la fortaleza.

Sin tratar de establecer relación alguna con los cadahalsos analizados, cabe apuntar aquí que en la arquitectura mudéjar se encuentran galerías muy voladas semejantes a aquéllos. El procedimiento de ir ganando vuelo por medio de dos o tres vigas superpuestas que van avanzando gradualmente, es muy común en la construcción mudéjar, pudiendo citarse innumerables ejemplares, y entre ellos el antiguo palacio de los Quiñones en León, hoy convento de la Concepción, y una gran galería volada, que desapareció en parte hace años, de la torre del saliente del recién derribado castillo de Curiel de los Ajos (Valladolid), y que, siendo un balcón saliente a Mediodía, sin destino militar, recordaba extraordinariamente la disposición de los cadahalsos. Verticalmente cerrábanse estos voladizos por un entra-

(1) Hipólito López Bernal: *Apuntes históricos de Belorado*; Esteps, 1907. El documento parece que se conserva en el archivo del Ayuntamiento de Belorado.

mado de madera cuajado de ladrillo, adobe o tapial. Ejemplares así abundan en la arquitectura popular de toda Castilla, formando pisos altos muy avanzados sobre la calle: la puerta o arco de Santa María de Burgos, cuya ostentosa fachada del Renacimiento ha hecho que se preste poca atención a la curiosa construcción medieval que detrás se oculta, conserva en su parte de atrás una galería poco volada sobre zapatas mudéjares, en disposición análoga a la de los cadahalsos septentrionales.

Al lado de este tipo más complejo de torre fuerte con cadahalso, construíanse durante la Edad Media, en la región cantábrica, torreones sin voladizo alguno, de tipo frecuente en Castilla. Numerosísimos son en las Vascongadas; en la provincia de Santander también abundan: la torre de Orejón de la Lama, en Potes, con garitones en los ángulos; la de Mogrovejo, la de Castillo Trasmiera... Acompañan en algunos casos a verdaderas fortalezas en la parte más castellana de la región: tales, el castillo de Argüeso y el de la Costana.

Desde el siglo XVI las necesidades defensivas son menos apremiantes y puede vivirse en las comarcas cantábricas en una relativa seguridad. Sin embargo, siguen construyéndose torres hasta el siglo XVIII inclusive; pero sin el anterior aparato militar. Los cadahalsos ya no vuelan sobre sus muros, yendo, en cambio, transformados, a constituir las clásicas solanas; perduran aún las almenas en algunos ejemplares muy avanzados, así como los arcos agudos; en los ángulos son frecuentes los tambores y garitones cilíndricos en los pisos altos, con carácter decorativo, rematando a veces en pintorescos pináculos unidos por cresterías en torres de las provincias Vascongadas, nunca en las de Santander, cuya arquitectura conserva siempre un carácter extraordinariamente severo. Las ventanas hácense mayores; el escudo, que en las torres del siglo XV era pequeño y sin importancia, símbolo meramente de propiedad, en estas posteriores suele alcanzar proporciones extraordinarias, acompañado de complicados motivos ornamentales, repetido frecuentemente en los cuatro paramentos, en las esquinas o a los lados de una ventana o balcón, transformado en señal de vanidad. Entre los muchos ejemplares vascongados deben citarse la torre de Sestao, con garitones volados en los ángulos; la de Guecho, con escalera exterior, y las de Arceniega y Vergara. En Espinosa de los Monteros, tan rica en construcciones civiles, hay una torre, del siglo XVI probablemente, con torreones angulares y almenas; otra bellísima, de la segunda mitad de esa centuria, tiene cornisa clásica y pequeños cubos decorativos en los ángulos, rematados por pináculos.

Las torres fuertes medievales originaron en la Montaña ejemplares más modestos que los vascongados, tipos intermedios entre aquéllos y los palacios o casas solariegas. De éstas diferenciales la altura de tres o cuatro plantas, predominando esa dimensión o la de profundidad, nunca la línea de fachada, siempre escasa, al igual que en la vivienda aldeana. Su cubierta es, como en ésta, a dos vertientes, di-

simulada generalmente por un antepecho en fachada, que continúa escalonado por los costados, coronado todo él por pináculos, con salientes gárgolas de piedra que desaguan el tejado. Antepecho, pináculos y gárgolas, todo tosco, rudo y primitivo. Llámase aquí esta disposición escalonada del antepecho *a la flamenca*; en Flandes denominase *a la española*. Sin embargo, parece que de allí vino a estas casas montañesas; en esas tierras se encuentran en gran número como procedimiento general de construcción, o más bien de decoración; para tapar los tejados abundan también en Borgoña y en la Isla de Francia. El escalonado de los flamencos suele estar en fachada, pues allí los tejados vierten aguas a los costados laterales de la casa, quedando un piñón de frente.

Uno de estos ejemplares de torre, de los más arcaicos de la Montaña, es la de Rábago, en Potes, sin antepecho, pero con pináculos y dos espolones volados protegiendo la parte superior de la fachada. La pintoresca torre de Cortiguera, a pesar de sus matabanques, no debe ser anterior a la segunda mitad del siglo XVI. Contemporáneo es el palacio de los Velarde, inmediato a la Colegiata de Santillana, con antepecho escalonado, gárgolas muy saledizas y pináculos, así como el llamado palacio de D. Beltrán de la Cueva, en Queveda; el de Mijares, cerca de Santillana, y la torre-palacio de Villanueva, en el valle de Cabezón de la Sal, edificada esta última en el siglo XVIII. Rematan en bolas los pináculos de la última; en éstas y en pirámides los de la de Mijares; la de Queveda tiene almenas con saeteras, caso notable de arcaísmo; las más antiguas, como las de Rábago y Santillana, tienen largos pináculos coronados por un casquete que va ensanchando de arriba abajo. Todas muestran la preocupación por la fachada con el escudo, y el descuido de la construcción del resto.

En la Edad Media debieron existir torres fuertes protegiendo la vivienda construida a su pie. Vieja parece ser la del palacio de Villanueva de la Barca, aunque todo ello esté hoy muy transformado. Otras, como la del palacio de Quijas, del marqués de Villatorre, y las de Carrejo y Treceño, están unidas a construcciones posteriores.

Última evolución de las torres militares son las que se encuentran frecuentemente en la Montaña, de los siglos XVII y XVIII, acompañando a casas solariegas. Cúbrelas un tejado a cuatro vertientes, con pináculos en los ángulos; sus muros terminan en una cornisa seudoclásica o en arcaizantes almenas; en ellos ábreanse ventanas y balcones, a veces volados, con barandal de hierro. Así abundan en Alceda, en Pamanes, en Muriedas. Los garitones o tambores en los ángulos que hemos visto en las torres, pasan a decorar las esquinas de bastantes palacios: uno en Zarauz y otro en Cestona, son buenos ejemplares en las Vascongadas; el de Puente Agüero y el de San Andrés de Argomilla, casona del siglo XVIII con pináculos almenados, en la Montaña.

LEOPOLDO TORRES BALBÁS.